

## Mis tatarabuelos, los Muñoz Arranz, los carboneros de Civico

- Simonaaa, Balbinaaaa...

Y las dos pequeñas respondían desde el umbral de la puerta de la rústica cabaña.

-mamáaa...

-aquíiii, ya estamos cerca hijas.

Íngrimas (1) y cogidas de la mano, la primera con doce años y la segunda con cuatro, miraban al frente, en dirección al río, pero la oscuridad de la noche y el próximo fuego de las hogueras que Juan y Laureana habían encendido para ahuyentar a los lobos, no les dejaban ver nada. Su hermanita Maximina, había quedado al cuidado de la tía Felisa en Cevico Navero, a 20 leguas de distancia.

No debían abrir la puerta más que cuando oyesen sus nombres pronunciados por sus padres.

Durante el día, ellas y su hermano Juan de 10 años, también trabajaban trajinando brazados de ramas y palos de encina, que Juan, padre, partía en trozos de más o menos medio metro, ora con el hacha o el serrucho ora con el troncón, que cuando era necesario asía también Laureana.

Laureana era delgada y fuerte. Han quedado, en el recuerdo trasmitido, muy pocas cosas sobre ella. He oído, de muy joven, en las charlas de familia, de las que siempre me arrepentiré no haber prestado más atención, que era "montaraz". Y sin más, con esta definición, nadie pedía explicaciones adicionales y yo no me atrevía a preguntar sobre el significado de aquel adjetivo, ya que intuía que algo negativo encerraba el "palabro" aquel y dejaba volar mi imaginación. Más tarde pregunté por ella a los viejos que me encontré en un bar de Cevico Navero y me contaron que aquella mujer era llamada "la loba". De nuevo no me atreví a preguntar la razón, temiendo mancillar la memoria de mi tatarabuela ante tan sorprendente definición, con lo que el misterio sobre ésta, mi tatarabuela, se hizo más grande en mi mente. Finalmente decidí imaginármela ennegrecida por el carbón, con el rostro trabajado por años duros de lucha por sobrevivir y con un carácter activo fuerte, valiente y muy "echaá palante".

Volviendo al trajín diario de aquellos días, luego, había que preparar el horno, primero con un entramado que ramas que lograrse mantener enhiesto el "perico", que era un palo largo central sobre el que se irían apoyando las sucesivas capas combinando ordenadamente filas de palos de encina gruesos con filas de palos delgados. Finalmente se quitaba el "perico", dejando su vacío una chimenea central y se iba apelmazando con tierra la bóveda externa del montículo, para cerrar la entrada al oxígeno.

A partir de ese momento, intervenía el fuego. El trabajo comenzaba a ser peligroso y la ayuda de los pequeños ya no era ni necesaria ni conveniente.

Unas brasas se introducían por la chimenea central que se tapaba inmediatamente y el proceso de combustión incompleta de la madera en el horno, comenzaba.

Era un trabajo agotador. Al atardecer Simona, Juan y Balbina se encerraban en la cabaña y sus padres salían varias veces a atender los fuegos no sin antes encender cuatro hogueras, una en cada esquina de la cabaña para mantener alejadas de sus pequeños a las alimañas.

Ya llegamos hijas... y ... Laureana aparecía iluminada por el resplandor del fuego, con su cabeza cubierta por un pañuelo que fue negro tornado gris por la ceniza, con un caldero de agua en su mano derecha y sosteniendo con la izquierda el asa del barreño compartiendo el peso con Juan, que junto a ella, con el rostro ennegrecido de tizne de humo y de cerrada barba de varios días, semejava una aparición. El pequeño Juan los acompañaba, moviendo acompasadamente un pequeño farolillo de carburo por encima de su cabeza con su mano izquierda, gritaba:

- "ya estamos aquíiii..".

Venían del río, de recoger agua para el servicio de la cabaña. La jornada como todas, había sido dura y larga y no había dado lugar a dedicarse a las tareas más domésticas.

Juan, cenaría con su familia, el repetido y único plato de bacalao con patatas, ingredientes de los que se surtían en el pueblo más cercano y saldría, todavía una vez más, para examinar la combustión ordenada de las piras. Abandonar la vigilancia aportando más brasas o tapando con tierra las bocas de fuego; era necesario, so pena de perder todo el trabajo hecho.

Cada pira, de las tres que solían hacer, tardaba en el proceso de combustión tres semanas. Cuando las tres piras se cocían a la vez, el trabajo era continuo. Un descuido podía convertir aquel humo gris de lenta ascensión, en un verdadero infierno incontrolable. Juan y Laureana con sendas palas en la mano, daban continuas vueltas a aquellos humeantes conos, para enterrar cualquier conato de llama.

Después, pasado el tiempo de combustión, había que apagar y trocear el recién hecho carbón, ensacarlo y cargar en carretas el material que no se vendiera in situ o se dejase como maquila al Ayuntamiento propietario del bosque de encinas.

La escena se repetía cada noche en aquel otoño de 1885. Juan Muñoz Lesmes y Laureana Arranz Padillo ejercían su oficio de carboneros de carbón vegetal. Todos los años los ayuntamientos sorteaban la madera de parte de sus bosques comunales y aquél año el matrimonio Muñoz había conseguido repetir suerte en los carrascales de los fríos páramos del norte de Burgos.

*Poned sobre los campos  
un carbonero,  
un sabio y un poeta.  
Veréis cómo el poeta admira y calla,  
el sabio mira y piensa...  
Seguramente, el carbonero  
busca las moras o las setas.  
Llevadlos al teatro  
y sólo el carbonero no bosteza.  
Quien prefiere lo vivo a lo pintado  
es el hombre que piensa, canta o sueña.  
El carbonero tiene llena de fantasías la cabeza.*

Proverbios y Cantares  
Antonio Machado

El 28 de Septiembre de 1873 nacieron en el hogar de los Muñoz, en Cevico Navero, dos niñas gemelas. Su tía Felisa Arranz Padillo, ejerció como madrina y en la Iglesia de Nuestra Señora de la Paz y bajo la protección de San Miguel Arcángel, quedaron bautizadas con los nombres de, una de ellas, Balbina, al igual que su abuela paterna, Balbina Lesmes Suárez la de Montealegre y la otra, Simona. Que yo sepa era la primera vez que este nombre se ponía a un vástago en la familia y tampoco, costumbre muy extendida en Palencia, correspondía con ninguno de los nombres de santos del santoral del día de su nacimiento.

Con un nombre así, mi bisabuela, no necesitó nunca usar su apellido para ser reconocida. Es más, con su socarrón carácter cuando alguien llamaba al taller de costura que puso en Valladolid y preguntaba:

—¿Está la Señá Simona?.  
Ella respondía:

- Está usted equivocada, señora mía, éste es el taller de “Madame Simone”.

Balbina no superó el año de vida y cedió su nombre a la siguiente hija del matrimonio Muñoz Arranz. Antes había nacido un varón, Juan y después nació Maximina, de la que no ha quedado recuerdo (ya se investigará sobre ello).

(1) Íngrimo: Solo. Esta palabra venezolana me la ha enseñado Marial, la poeta de esa nacionalidad a la que la lectura en su infancia del libro de poesía “Magia Divina” de mi tía abuela Carmen Botas Blanco, inició en la poesía.

**Juan Muñoz Lesmes**  
(1847 - )  
& Laureana Arranz Padillo  
(1845 - )

**Simona Muñoz Arranz**  
(29 Sep 1873 - 27 Jan 1953)  
& Braulio Redondo Rojo  
(26 Mar 1865 - 5 Feb 1926)

**Dionisio Redondo Muñoz**  
(10 Jun 1896 - 5 Jul 1964)  
& Dolores Botas Blanco  
(1 Apr 1898 - 23 Mar 1981)  
m. 20 Dec 1920

**Julio Cenón Redondo Muñoz**  
(1898 - 29 Aug 1975)  
& Consuelo Román

**Balbina Muñoz Arranz**

**Balbina Muñoz Arranz**  
& Florencio Castro

**María Del Carmen Castro Muñoz**

**María Luisa Castro Muñoz**

**Juan Muñoz Arranz**

**Esperanza Muñoz**

**Natalia Muñoz**

**Romualda Muñoz**

**Andrea Muñoz**

**Maximina Muñoz Arranz**  
(16 Jan 1877 - )